

Sábado XXV del TO Ciclo A



30 de septiembre de 2023

Zac 2, 5-9.14-15

Jr 31

Lc 9, 43-45

P. Eduardo Suanzes, msps

Durante estos días hemos estado leyendo, en la Primera Lectura, a los profetas de la vuelta del destierro: Esdras, Nehemías, Ageo..., en este período de la historia: finales del s. VI a. C. Ahora nos acercamos a Zacarías, contemporáneo de Ageo, cuyo ministerio lo realizó durante dos años. Todos estos profetas hablan de la reconstrucción del templo, porque en torno a él el pueblo judío se constituye como tal, teniendo a Dios como centro gravitacional de sus vidas. Son años turbulentos en los que los reyes de Persia (de la que Judá es ahora una provincia) se debaten entre traiciones y asesinatos, hasta la llegada de Darío. Por eso es que estos profetas esperan una intervención de Dios que hiciera temblar a las naciones, destruyera el poder de los paganos y restaurase la independencia de Judá¹.

Zacarías se inserta conscientemente en la línea de los antiguos profetas, predica la conversión, inculca las exigencias éticas y critica el culto sin justicia. Su estilo, como vemos en esta Primera Lectura, es un estilo visionario. En la primera parte de su Libro desarrolla ocho visiones, que recibió en una sola noche, siendo la que nos ocupa hoy, la tercera: «la de la cuerda de medir».

Dieciocho años después de la primera caravana de repatriados, que comenzó allá por el 538 a.C.², Jerusalén estaba a medio construir y poco menos que despoblada siendo que Isaías había prometido un desborde de población³. Por otro lado, la muralla sigue en parte derruida o desmantelada; mientras que Isaías había preconizado y hablado de sus espléndidos muros⁴. El presente oráculo de la Primera Lectura recoge y corrige esos anuncios de Isaías. Zacarías ve a un muchacho con una cuerda de medir. El proyecto de medir el perímetro de la ciudad amurallada lo encarna la visión de este mozo, oficial del catastro. Pero el ángel le dice a Zacarías que le diga al muchacho que su tarea es a la vez insensata e inútil⁵: insensata, porque la ciudad necesitará mucho más espacio que antes para acoger a todos los que vengan a instalarse en ella. Pero sobre todo será una empresa inútil, ya que el mismo Señor asegurará la protección de la ciudad. De este modo, el veto a la iniciativa del muchacho agrimensor enseña a la comunidad de los creyentes que, mientras esperan la salvación, no tienen que andar buscando su seguridad en unos muros

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Antiguo Testamento. Poesía. Edición de Estudio. Tomo II.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1993

² Los israelitas estuvieron cautivos en Babilonia desde el 587 a.C.

³ Is 49,19; 54,2

⁴ Is 49,16; 54,12

⁵ Cfr. SAMUEL AMSLER. *Los últimos profetas. Ageo, Zacarías, Malaquías y algunos otros.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1996

protectores. Jerusalén puede vivir abierta a los demás confiando en su Señor, que es su «*gloria*», es decir, su único poder en el mundo. La ingenua pretensión del muchacho de medir el perímetro de la ciudad sirve para subrayar la novedad de la situación, porque, y este es el mensaje de la visión, ni se podrá medir la capital ni necesitará murallas: será Dios mismo el protector.

En el Evangelio, mientras duran los ecos de la reacción general ante el prodigio de la curación del niño epiléptico, Lucas, introduce el segundo anuncio de la pasión; y aprovecha la oportunidad de este segundo anuncio para insistir de manera particularmente llamativa en la falta de comprensión de los discípulos. Ellos son explícitamente los destinatarios de la predicción, porque Jesús se dirige a ellos con especial interés: «*métanse esto bien en la cabeza*», les dice; pero ellos son también los que «*no entienden*», los que «*no logran comprender*», los que «*tienen miedo*». Dada su estrecha vinculación con el episodio precedente, en que Jesús manifestó la misericordia de Dios en un niño postrado, el anuncio cobra una especial incisividad. A pesar de esa generación tan incrédula y pervertida, Jesús acaba de mostrar su misericordia, arrancando de la potencia del mal a un pobre desvalido, a un niño indefenso.

Si nos fijamos bien en el texto de hoy vemos que las reacciones que se mencionan al principio y al final son opuestas: por un lado, maravilla («*todos comentaban admirados...*»); pero al final solo incompreensión (las palabras de Jesús «*eran incomprensibles*»)⁶.

Y es que la tragedia de la pasión se consumará entre hermanos. Porque, en efecto, Jesús habla de «*el hijo del Hombre*» (hijo de Adán) que será entregado «*en manos de los hombres*» (como Abel y Caín en otra escala). En contraste con el breve anuncio de Jesús, Lucas se centra más en la incompreensión de los discípulos. Ellos entienden la frase solo gramaticalmente y, porque la entienden así no comprenden su sentido. Ese destino no cuadra con lo que ellos esperan de Jesús, no logran conciliar poder con debilidad; no pueden comprender que el dominador de espíritus malignos caiga en poder de hombres. Las palabras de Jesús son, pues, oscuras para quien no está dispuesto a comprender⁷. Habrá que esperar a la resurrección para que los oídos dejen de estar sordos.

⁶ Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *El Evangelio de San Lucas. III. Traducción y comentario*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1987

⁷ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Antiguo Testamento. Poesía. Edición de Estudio. Tomo III*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1993